



# PRESERVAR EL ALIENTO

DANA HART

En Antofagasta hay un local de un piso, que en algún momento fue una casa. Luis Emilio Recabarren y Teresa Flores, quienes fueron parte indispensable de la formación de un movimiento obrero de combate en Chile, allá por el período 1900-1920, se encargaron de transformarla, en un centro social y político.

Al frente tenía salas de reunión, con las ventanas fortificadas. Ingresando por el centro, tendiente hacia el lado derecho, atravesando las salas, había un patio, que en su final se dividía en dos partes. Arriba, un teatro, hecho con tablones de madera. Abajo, casi subterráneo, un taller con máquinas de imprenta.

Recabarren y Teresa imprimían sus periódicos allí, a los cuales llamaron “El Despertar de los Trabajadores”, y los repartían por la pampa salitrera, con la convicción firme de ayudar a los obreros y sus familias, a mejorar sus condiciones de vida y de trabajo. Creían.

El grueso de sus políticas fueron de independencia de clase. Se movían de ciudad en ciudad, de región en región, formando la primera Federación Obrera de

Chile, llegando a plantear incluso, que esta organización se convirtiera en la base de un nuevo estado. Un pensamiento tremendamente de avanzada, al calor de los sucesos de la Revolución en Rusia de 1917, frente a los cuales Recabarren viajó para empaparse de la vida de los soviets.

Terminó “suicidándose” de tres tiros, un hecho insólito. Precisamente en cuanto se stalinizó la Unión Soviética, murió misteriosamente Lenin tomando sopas picantes, y fueron perseguidas y asesinadas las personas que no adherían a las teorías del socialismo en un solo país y otras yerbas, como el propio Luis López Cáceres.

Allí también dejó de tener visibilidad el rol de luchadoras como Carmen Serrano, cuyo período de auge de la independencia de clase y del olor a pólvora, había tristemente pasado, para ser reemplazado por los Frentes Populares. Siglos le faltarían a la clase obrera y los movimientos de lucha, para deshacerse de estas cadenas del reformismo y la confianza en algún sector de la burguesía, en sus variantes parlamentarias,

socialdemócratas, universitarias zorronas y todo lo demás. Y después el fascismo, con sus banderas blancas y espíritus racistas.

Cuando Recabarren se “suicidó” de tres tiros, y Lenin tomó aquella sopa, la historia aparentó entrar en un túnel, donde todo fue matanza y ojos menos. Con el rostro lleno de arrugas, el cabello encanecido y la mirada entristecida, se quedó Dolores en el local de Antofagasta. No pudieron sacarla ni a los tiros.

Siguió barriendo las maderas del teatro, donde tantas obras como “Desdicha Obrera”, se habían llevado acabo. Bajó por los escalones mil veces, lustró las máquinas y aunque no pudo usarlas, las tapó con mantas para que la sucesión inter-cambiante entre reformistas y milicos, no pudieran verla.

Sin ni un brillo. Sin expectativas. Sin buscar. Ella convirtió las salas de reuniones, en un Museo Obrero, en el que fue juntando, tirados, desperdigados en las ferias, objetos propios de la historia del movimiento obrero. Encontró periódicos, entre ellos, ejemplares del

propio “El Despertar de los Trabajadores”, que habían sido escondidos en bolsas, enterrados al borde de las minas salitreras. Encontró una caja de té, de las que vendían en las pulperías, y tenía que luchar a diario, para que no se estropeará, porque la corrosión, llega a ella, más que a ninguna otra cosa. Fichas salitreras por montones y de todos los colores, tamaños y oficinas. Libretas de remuneraciones, marcadas por la mano hostil del jefe, anotando cuántas herramientas se le iban a descontar de sus no-salarios.

Encontró máquinas, de coser, de escribir, de cortar, de soldar. Herramientas de trabajo, como destornilladores, pinzas, todo tipo de tuercas, incluso algunas del ferrocarril. También reunió todos los libros que pudo, de historia, y los tomos de cinco, seis, diez ejemplares sobre la historia del movimiento obrero a nivel mundial.

Lámparas mineras de diferentes tipos, tamaños y épocas. Zapatos hechos en base a cuero de vaca, y zapatos empequeñecidos por la salinidad.

Y todo lo que encontró, se preocupó de preservarlo. Para que el túnel de la historia pasando por encima no lo aniquilara también, como al resto. Su piel se fue arrugando, más y más. Las heridas de la historia, de la infancia, la iban atacando. Hay momentos en la historia humana, en los que ser militante, significa guardar una caja. Protegerla de los ataques del fascismo, y de las traiciones del reformismo. Para que las próximas generaciones la puedan abrir y con su influjo, proseguir con la necesaria transformación de la sociedad.

A diario tenía que ventilar, haciendo un abanico utilizando una madera o un periódico atrapado entre sus dos manos. Luchaba contra las escamas, que aparecían en cada objeto, tratando de desaparecer los metales, de fundir el hierro. Todo tendía a arrugarse. ¿Podrá ganarse la batalla contra el tiempo? Todo tendía a desaparecer. Y la obligaba a pelear también, por preservar, su propio aliento.



[WWW.DANAHARTESCRITORA.COM](http://WWW.DANAHARTESCRITORA.COM)